

ria, esta es la voz de vuestra propia conciencia), lo mismo, absolutamente lo mismo hicieron en 1843: no se contentaron con expulsaros, quisieron también deshonraros; lo mismo, absolutamente lo mismo, hicieron en 1854; este pueblo se había detenido ante el palacio de sus reyes, y el rey no se detuvo ante la soberanía de su pueblo; lo mismo, absolutamente lo mismo sucedió durante el tiempo que vosotros mandasteis, conservadores.

Yo sé muy bien que grandes razones de política, de caballeridad y de prudencia, obligan á todos los Ministros de D.<sup>a</sup> Isabel II á decir que ellos son los responsables legalmente de cuanto aquí ha sucedido. Pero yo no os creo tan insensatos que conociendo el espíritu de nuestro siglo, hubierais reclamado los derechos de los hijos de Felipe V y de Carlos III á Nápoles ó Parma, si á ello no os hubiera obligado la influencia de la corte y su espíritu llenó del antiguo absolutismo. Así es que por espacio de mucho tiempo nosotros estuvimos fuera del concierto europeo: nosotros no asistimos á la resurrección de Italia: nosotros nos resignamos á entonar con los cardenales de Roma el *Miserere* de la reacción bajo las bóvedas de San Pedro. ¿Y por qué? Porque no éramos una nación europea, porque no éramos una nación liberal, á causa de haber querido encerrar la libertad en el ataúd de plomo de las antiguas dinastías.

El odio á los Borbones, Sres. Diputados, es popu-

lar, es universal. Los habéis podido sostener por mucho tiempo por razones de conveniencia: no los habéis sostenido nunca por un sentimiento de amor y de justicia. Así es, Sres. Diputados (y aquí viene la parte segunda de mi proposición), así es que inmediatamente que se verificó la revolución de Septiembre, todo el mundo trató de ocultar que el candidato de una parte más ó menos importante de la revolución era de la familia de los Borbones. Todos, absolutamente todos, sabían que como el pueblo se enterara que aquel candidato llevaba el nombre de su familia y de su raza, jamás podría ascender al trono. Así es que hemos oído negar aquí, en este mismo sitio, bajo estas bóvedas, que el candidato de una fracción más ó menos importante, que el Duque de Montpensier (debo nombrarle) fuera Borbón. Yo, Sres. Diputados, referí en otra sesión la genealogía y el mayorazgo de ese candidato, y yo la repetiré cien veces, porque creo que, demostrado que Montpensier es Borbón, basta esto solo, basta absolutamente esto solo, para que no tenga sino pocos votos en esta Cámara, y para que no tenga un solo voto en nuestra patria.

Sí, Sres. Diputados, es Borbón; es más Borbón que Isabel II; está más cerca del lecho de Enrique IV su cuna, que la cuna de Isabel II. Luis XIII tuvo dos hijos: Luis XIV y Felipe de Borbón, Duque de Orleans. Felipe de Borbón se casó dos veces: la primera, con Enriqueta de Inglaterra, y la segunda,

con aquella incansable escritora, la princesa Palatina, en la cual tuvo á Felipe de Borbón, el Regente. Felipe de Borbón, el Regente, tuvo otro hijo que se llamó á su vez Felipe de Borbón, Duque de Orleans, y que vivió vida modesta y obscura.

El hijo del Regente se casó con una princesa de Baden, princesa en la cual tuvo un hijo; quien, á su vez, se casó con la princesa Conti. De este matrimonio del nieto del Regente con la princesa Conti, nació Felipe de Borbón en la corte, ó Felipe Igualdad en la Convención. Felipe Igualdad ó de Borbón engendró á Luis Felipe de Borbón. Éste se casó con la princesa napolitana Amelia de Borbón, y con ella tuvo varios hijos, de los cuales fué el menor D. Antonio de Borbón y Borbón, que á su vez se casó con la hija de Fernando VII, con la nieta de Carlos IV, con la hermana de Isabel II, D.<sup>a</sup> María Luisa Fernanda de Borbón y Borbón. De suerte que los hijos de este matrimonio son Borbón, Borbón, Borbón y Borbón, cuatro veces Borbones, quiero decir, cuatro veces enemigos de la libertad y de la patria.

Si buscáis, Sres. Diputados, testimonios de la misma familia, yo os presentaré testimonios que no podéis recusar, testimonios de Luis Felipe. Así es que en la célebre sesión de 8 de Agosto de 1830, uno de los más entusiastas amigos de Luis Felipe, dirigiéndose á la extrema derecha, donde se encontraba Martinac, Berrier y otros legitimistas, les decía:

«El rey que os vamos á traer es más Borbón que los otros Borbones.» Contra esto se levantó en la Cámara una gran protesta, y le dieron el nombre de Orleans, nombre que le sirvió para enmascarar la genealogía de su familia.

Sí, Luis Felipe, á la manera que su padre se llamaba Igualdad en la Convención, y Borbón en la corte, Luis Felipe era Borbón cuando necesitaba de los Borbones, y era Orleans cuando necesitaba del pueblo. Pero en 1830, como se dijera que Napoleón Bonaparte había hecho algunos trabajos para servir á la familia de Borbón, todos los príncipes de la sangre, entre ellos Luis Felipe, escriben un manifiesto, en el cual se decía que la Casa de Borbón, cuyo glorioso nombre todos llevaban, jamás oiría proposiciones de ninguna clase, jamás tendría complacencia con el usurpador, jamás abdicaría sus derechos tradicionales é históricos.

En 1810 Luis Felipe se dirigió á las Cortes españolas, á las Cortes de Cádiz, pidiendo un mando en el ejército español contra el ejército francés. Pues bien; ¿sabéis qué título invocaba? Invocaba su apellido Borbón, su parentesco con Fernando VII. ¿Y sabéis lo que decía? Pues decía: «Quiero tomar las armas, porque quiero renovar las hazañas de la antigua Casa de Borbón, á la cual me glorió de pertenecer.» Y las Cortes de Cádiz no quisieron al padre para general de nuestro ejército. ¿Queréis al hijo vóstras, Cortes españolas, para rey de nuestra patria?

He leído en una historia de la familia de Orleans, que como una vez propusiera Carlos X á Luis Felipe el casamiento, que más tarde se realizó, de su hija mayor con el que fué rey de Bélgica, le dijo Luis Felipe: «Yo no caso con príncipe protestante á una de las herederas del apellido de Borbón.»

Por eso estoy yo con el general Lobau, quien, departiendo con Odilon Barrot en 1830, cuando se acercaba Luis Felipe en triunfo al Hotel de Ville, le dijo: «No me fio de éste, Odilon Barrot; no me gustan ni unos ni otros Borbones.»

Señores, no se puede absolutamente contrastar los compromisos históricos que tienen las dinastías. Una dinastía es una familia de príncipes que se transmiten sus ideas ó sus intereses, ó bien por el lazo fisiológico de la sangre, ó bien por el lazo moral de la educación. Decidme: ¿qué familia europea no representa hoy lo mismo que representaban sus predecesores? El Rey de Prusia representa los intereses del primer Elector de Brandeburgo, representa las ideas del Rey filósofo, del gran Federico, la unidad de Alemania por medio del protestantismo y de la libertad de conciencia.

El Emperador de Austria, á pesar de haber pasado de ser Hapsburgo á ser Lorena, y á pesar de las últimas reformas y modificaciones constitucionales, representa lo que representaba Carlos V y su hermano D. Fernando, el predominio en Hungría, en Bohemia, en Polonia, en Oriente, en Italia, en Ale-

mania, por medio del sacro romano imperio y del catolicismo.

Pues bien: aun admitiendo que la Casa de Borbón y la Casa de Orleans sean dos casas distintas, ya os digo que si el destino de la Casa de Borbón es contrariar la libertad y combatirla, el destino de la Casa de Orleans es corromper la libertad y falsificarla.

Señores Diputados, contemplad el movimiento que se realizó en Francia. Había allá en la Convención, una parte que se llamaba la llanura, la cual permaneció siempre indiferente entre los dos extremos, porque su único objeto fué el interés de su propia conservación, aunque para vivir se la obligase á ser comparsa del dorado carro de los reyes ó de la ensangrentada carreta de los convencionales. Esa fracción quería unir todos los extremos, un dios sin providencia, una religión sin fe, un racionalismo sin libertad, una monarquía sin tradiciones, una aristocracia sin prosapia, una democracia sin igualdad; miserable, pequeña en todo y sólo grande en su egoísmo.

Los que siguieron las tradiciones de aquella parte de la Asamblea francesa, encontraron su representante en una familia, á la cual habían enriquecido fabulosamente sus hermanos los reyes. Por amor á su ambición, creían los reyes que enriqueciendo á los Orleans, los Orleans no conspirarían contra el trono. Luis XIII enriqueció de una manera fabulosa

á Gaston de Orleans; Luis XIV enriqueció mucho más todavía á Felipe de Orleans; y si para contrarrestar un poco la influencia de los Orleanes creó dos mayorazgos en dos bastardos suyos, estos mayorazgos se reunieron en la cabeza de una sola niña, y esta niña, la Duquesa de Penthièvre, se casó con un Duque de Orleans. De suerte, que el Duque de Orleans fué el primer propietario de Europa.

Un gran historiador francés ha hecho la siguiente profunda observación. Los reyes antiguos levantaron una gran muralla de plata al lado de su trono, con la familia de Orleans; pero esa gran muralla de plata se desprendió como atronador alud, y destrozó el antiguo trono de los reyes. En el momento mismo en que el Duque de Orleans se vió en el trono de Francia, en aquel mismo momento creyó que si la perdición de la rama antigua había sido el culto á las ideas, la salvación de la rama nueva debía ser el culto á los intereses. Y no hubo más en toda la dinastía de Orleans que el sacrificio continuo al dios de la riqueza. El rey era rey, no por su nombre, sino por sus propiedades; al par no se le exigían sus blasones, sino sus rentas; al diputado no se le exigía palabra y popularidad, sino el recibo de la contribución; al escritor no se le exigía capacidad, sino depósito; al elector no se le exigía derecho, sino censo; al jurado no se le exigía que enseñase su conciencia, sino que enseñase su bolsa.

De suerte, Sres. Diputados, que aquella monarquía

no fué más que el período de los intereses materiales, aquella monarquía no fué más que la consagración del privilegio de las clases medias, é indirectamente aquella monarquía acarició los sueños de Luis XIV, sólo que para dorar todavía más á los Orleanes.

Para sí, pidió Luis Felipe aumento en la lista civil; para el Duque de Aumale, la herencia de los Condés; para el Duque de Nemours y de Joinville, grandes propiedades; para la Reina de Bélgica, 4 millones de dote del presupuesto nacional, y para el Duque de Montpensier reservó una herencia más pingüe, para el Duque de Montpensier reservó lo que algunos quieren hoy darle: para el Duque de Montpensier reservó la corona de España.

Yo, Sres. Diputados, yo he leído las discusiones que hubo en esta Cámara con motivo de la venida del Duque de Montpensier, y yo os digo que en aquellas discusiones hay grandes, luminosos relámpagos proféticos.

Pastor Díaz, con elocuencia verdaderamente extraordinaria; Pastor Díaz, que era uno de los hombres de más sentimientos y de más ideas que se sentaban en estos bancos, Pastor Díaz creía ver, conforme el Duque francés se iba aproximando á la frontera de España, creía ver aquí algo de Varsovia, creía ver á los españoles reducidos á la condición de los polacos y á España teniendo que ir de rodillas á pedir la sanción de sus leyes á la corte de Francia.

Pacheco, uno de los nombres que con más respeto

son siempre citados en estos bancos; Pacheco, cuya inteligencia clara y sencilla, cuya intención profunda nadie puede desconocer, decía: «Yo veo en ese matrimonio la conclusión de las relaciones amistosas entre Francia é Inglaterra, relaciones amistosas á las cuales fiamos la paz del mundo.»

Entonces se levantó Donoso Cortés, no tan feliz en aquella ocasión como en otras, y dijo: «Los ingleses tomarán su revancha; pero no la tomarán aquí.» Sí, la tomaron en otra parte: la tomaron en Francia, y en Francia cayó aquel trono; y cuando un trono cae, se resienten todos los tronos de Europa.

Señores Diputados, desde el momento de las bodas españolas no cesó un punto la enemistad de Inglaterra con Francia. Luis Felipe, en el auge de su prosperidad, se creyó invencible, y resucitó la antigua política personal de los Borbones. No quiso aflojar los tornillos que tenían aherrojada la imprenta; no quiso abrir de ninguna manera las listas electorales á las capacidades, ni rebajar el censo; no quiso ni tolerar el derecho de reunión; y Thiers se levantaba y decía: «Si habíais de ser como los antiguos Borbones, si os habíais de parecer á Carlos X, ¿por qué no nos lo dijisteis en las jornadas de Septiembre?»

Pues bien: vosotros no tenéis que pedir ningún género de prueba al raciocinio: vosotros no tenéis que prever: vosotros no tenéis que investigar: á

vosotros, Sres. Diputados de la Nación española, os basta con la autoridad de lo pasado: vosotros no podéis poner en ese trono al Duque de Montpensier ó á su esposa sin colocar en ese mismo trono la política de los Borbones.

¿Y qué sucedió en Francia con esa política? ¿Qué sucedió? Sucedió que los periódicos ingleses incendiaron la opinión pública de Francia, y que después de incendiada, la opinión pública de Francia incendió el trono de Luis Felipe. Señores, cayó el trono de Francia por el rico presente de la hermosa, de la modesta princesa que nosotros les enviamos, pero princesa al cabo que representaba el predominio antiguo de los Borbones en Europa. Y luego, cuando todas estas consecuencias se sintieron, cuando todo esto se tocó, cuando el pueblo rodeaba las Tullerías, ¿sabéis quien empujó su dinastía al abismo? Pues la empujó el Duque de Montpensier, el cual arrancó á su padre el acta de abdicación, que Luis Felipe regara con sus lágrimas. Este acta de abdicación revelaba fatal irresolución en momentos supremos. Nadie sabía á quién servir ni á quién obedecer, si á Odilon Barrot, á Luis Felipe ó á la Duquesa de Orleans, y vino la república. De suerte que el Duque de Montpensier ha tenido siempre fatal influjo en toda su familia, fatal influjo en su casamiento, fatal influjo con sus consejos.

Os decía antes, Sres. Diputados, que yo había leído las sesiones de los debates sobre el matrimonio del

Duque de Montpensier, y en esas sesiones nunca encontré, absolutamente nunca, que ni Bravo Murillo ni Mon ni Pidal, ni ninguno de los defensores de D.<sup>a</sup> Isabel II, supieran el presente que traían á España, supieran que traían una política de conspiración permanente, poniendo un descendiente de aquel Gaston de Orleans que conspiró contra Luis XIII, de aquel Luis Felipe de Orleans que conspiró contra Luis XVI, de aquel Luis Felipe de Orleans que conspiró contra Carlos X, junto al trono de D.<sup>a</sup> Isabel II.

Yo sé muy bien que sus partidarios nos dirán: pues esa conspiración que le echáis en cara, esa conspiración es uno de sus títulos revolucionarios, es uno de sus grandes timbres, uno de los hechos que nosotros invocamos para premiarle con la corona forjada por la revolución de Septiembre. Pues yo os digo, Sres. Diputados, que no se puede en política de ninguna manera obedecer á las preocupaciones exclusivas y á exclusivos intereses. Yo os digo una cosa, señores; yo os digo que esos servicios prestados á la revolución de Septiembre inhabilitan perpetuamente al Duque de Montpensier para subir al trono de España. ¿Sabéis por qué? ¿Sabéis á causa de qué? Porque no se puede de ninguna manera ofender la conciencia moral de una sociedad, y pedir que esa sociedad reconozca por su superior al que no considera ni aun por su igual, en sentimientos de justicia. Explcadme por qué D. Pedro el Cruel

fué tan popular á pesar de su crueldad, y por qué don Enrique de Trastamara fué tan impopular á pesar de sus mercedes. Porque el pueblo español no perdonó nunca á este último la hazaña de Montiel.

Lo mismo, absolutamente lo mismo, sucedió en Francia. El Duque de Orleans tenía medios para haber ascendido al trono vacante por la caída de Luis XVI; tenía montañeses y girondinos, tenía clubs, tenía ejército para luchar en los campos de batalla. ¿Cómo no subió? ¿Por qué no subió? Porque una noche célebre, la Convención votó la muerte de Luis XVI. Aun resonaban en el aire aquellas palabras del defensor del Rey: «Busco jueces, y sólo encuentro acusadores.» Subían de uno en uno á la tribuna de la Convención los convencionales, y cada cual votaba en público, diciendo en alta voz su decisión suprema sobre el Rey.

De pronto todas las miradas se fijan absortas en un hombre. Aquel hombre era un Borbón, y aquel hombre subía las gradas de la tribuna para erguirse y decir: «Voto la muerte del tirano, y la muerte inmediata.» Entonces de todas partes los concurrentes que habían aplaudido á los otros votantes de la muerte inmediata, estallaron en una indignación sublime, la cual ahogó aquel voto con uno de esos espontáneos arranques en los que palpita siempre la conciencia, sirviendo para reconciliarnos con el género humano hasta en las épocas más tempestuosas del mundo.

Aun no ha perdonado ese voto la humanidad; aun no lo ha perdonado Francia; no lo perdonará la conciencia de los futuros siglos y no será jamás redimido ni purgado en los eternos infiernos que para todos estos crímenes de lesa humanidad guardá en su seno la historia.

¿Y qué hay aquí, Sres. Diputados? El sentimiento de familia es más vivo en España que en Francia. Nosotros tenemos una familia más efusiva, más afectiva, más amante: la casa de nuestros abuelos es la casa de sus nietos; los hermanos de nuestros padres son para nosotros como segundos padres; esta es una gran virtud de la raza española.

Pues bien: aquí nadie puede comprender, nadie puede explicarse cómo un príncipe que debía ser en sentimientos superior á los demás hombres, va, después de aquella hospitalidad, de aquellos honores, de aquellas distinciones, de aquellas grandezas concedidas por la reina Isabel, á conspirar contra la reina su parienta, que había convertido en paraíso su destierro. Los españoles, y sobre todo los liberales, no se explican nunca cómo de aquellas dos niñas niñas, las cuales dormían en una misma cuna durante la guerra civil, adoctrinadas por el gran Quintana y protegidas por el gran Argüelles, que, célibe, ya en los últimos años de su vida, tuvo por ellas maternas angustias; cómo de aquellas dos niñas, por cuyos derechos combatieron en Luchana y en Morella, la una se ha levantado y ha ahogado,

quiero decir, ha destronado á la otra. Eso no lo comprende la conciencia de nuestra patria.

¿Sabéis, señores, lo que sucederá con esto? Pensadlo bien; sobre todo, pensadlo bien vosotros, conservadores, que tenéis por una de vuestras dotes capitales la mesura y la prudencia. No podéis traer aquí un rey, una familia que pugne con el espíritu del pueblo, y que os obligará, por lo mismo, á sostener una batalla con la opinión pública; porque si queréis que coexista la libertad con el trono, es necesario que en el trono coloquéis un representante de los sentimientos del pueblo; un príncipe, un hombre, un capitán, el que queráis, que tenga popularidad, para que las olas de la libertad, siempre conjuradas contra la monarquía, se estrellen á los pies de ese trono. Con una familia impopular, con una familia que rechaza la conciencia del pueblo, no se puede, absolutamente no se puede fundar la libertad. Vendrá, entrará, le traeréis sobre cañones, sobre bayonetas; pero no podréis ni por un momento abandonar la dictadura; no podréis consentir la libertad de la prensa, porque se volverá contra el rey; no podréis consentir la tribuna, porque se volverá contra el rey; no podréis consentir los clubs, porque se volverán contra el rey; y el rey y vosotros caeréis con las ruinas amontonadas por vuestra temeridad y vuestra ceguera.

Señores, María Cristina no pudo reinar sino mientras fué popular: Isabel II no pudo reinar sino mien-

tras fué popular. En cuanto fué impopular, reinó la dictadura. Pues el Duque de Montpensier, en la víspera de su reinado, es más impopular que lo han sido aquí nunca María Cristina ni doña Isabel II. Por consiguiente, de su impopularidad tiene que nacer la dictadura, y de esa dictadura la ruina de la revolución de Septiembre.

Yo os suplico que no os equivoquéis sobre esta reflexión patriótica á que os invito. Yo no tengo, yo no puedo tener, yo no he tenido nunca odio al extranjero; yo soy hombre de mis tiempos, yo soy hombre de Europa, yo tengo especialmente una grande estima y una alta idea de la nación francesa.

Pero os digo que el lazo nacional más fuerte no es la lengua. Bélgica y una parte de Suiza hablan francés, y no quieren ser francesas. El lazo nacional no es la geografía. Nuestro territorio se confunde con el territorio de Portugal, y Portugal no quiere ser de España. El lazo de la nacionalidad son las glorias comunes; el lazo de la nacionalidad son los comunes recuerdos.

¿Sabéis quién se opone á la unión de España y Portugal? Se opone Vasco de Gama, Alburquerque; se opone el poema de Camoens. ¿Sabéis por qué los españoles amamos tanto esta nuestra grande nacionalidad? ¿Sabéis por qué la amamos tanto á pesar de la diferencia de provincias y del federalismo natural de nuestra patria? Pues la amamos tanto, porque todos estamos orgullosos de nuestros escritores; to-

dos de nuestros pintores; todos de nuestras batallas; todos de nuestras armas; todos de nuestras glorias; todos de aquellos navegantes que sembraron de hazañas desde el golfo de Méjico hasta el golfo de Lepanto, y de aquellos guerreros que llegaron desde Aragón á las puertas de Asia y descubrieron la América; todos de aquella epopeya grande, de aquella epopeya inmensa, llamada la Nación española, que no cabiendo en el viejo mundo, donde habían cabido las hazañas de Roma y de Alejandro, tuvo que ensanchar la tierra para que la tierra fuese capaz de contener su grandeza. (*Aplausos.*)

¿Qué? ¿Qué significan todas estas glorias? Señores Diputados, ¿qué significan? ¿Sobre qué las hemos conquistado, sobre qué las hemos cimentado? Sobre el odio, sobre la guerra, sobre la implacable saña á todos los franceses. Las hazañas de Pedro de Aragón en Italia fueron contra los franceses; las hazañas de Alfonso V contra los franceses; las hazañas de Pavía contra los franceses; las hazañas de la época en que peligró nuestra nacionalidad, las hazañas de la guerra de la Independencia, contra los franceses. Esto podemos olvidarlo, debemos olvidarlo, tratándose de franceses que quieran ser nuestros hermanos; pero no tratándose de un francés que quiere ser nuestro amo. ¿Intentaréis, pues, traer un francés y ponerle al frente de la patria? Jamás lo consentirán los huesos de nuestros padres, que se levantarán por sí solos contra vosotros para protestar abierta-



mente contra ese rebajamiento, contra esa degradación de nuestra patria.

Yo no lo espero, Sres. Diputados, y lo digo para concluir; yo no lo espero de ninguna, absolutamente de ninguna de las fracciones de esta Cámara; yo espero que si hay conservadores que aun quieren la candidatura del Duque de Montpensier, volverán sobre sí, volverán indudablemente sobre sí, y no querrán la enemistad del pueblo con el nuevo monarca y las grandes catástrofes que puedan sobrevenir. Yo recuerdo todavía que el señor Presidente del Consejo de Ministros, en la primera sesión que aquí celebramos, se levantó, y hablando de la restauración de los Borbones, dijo: *Jamás, jamás, jamás*. Yo me preguntaba: ¿Cómo es que S. S., de ordinario tan sobrio y conciso, usó tres veces el adverbio *jamás*?

Pues yo me contestaba, Sres. Diputados: El primer *jamás* fué para la dinastía de D. Carlos; el segundo *jamás* fué para la dinastía de doña Isabel II, y el tercer *jamás* fué para la dinastía del Duque de Montpensier. (*Risas, aplausos.*)

Señores: el señor Ministro de la Gobernación y yo hace algún tiempo que somos adversarios políticos, y por consiguiente, no conozco los secretos de su pensamiento y de su conciencia. Pero yo le oí el discurso que pronunció el primer día de su ascensión al Gobierno, y yo recuerdo que dijo en una de las frases magistrales que le son características, re-

cuerdo que dijo: «No olvidéis que la revolución de Septiembre significa el advenimiento á la vida pública del proletariado.» Pues bien, el advenimiento á la vida pública del proletariado significa, no puede menos de significar la expulsión del Duque de Montpensier, que representa los privilegios de las clases medias. Yo, Sres. Diputados, no dudo tampoco de los Ministros actuales que se sientan en ese banco.

Yo creo que el mismo Sr. Topete, así como sacrificó el Duque de Montpensier á D. Fernando de Portugal, así como sacrificó el Duque de Montpensier al Duque de Aosta, sacrificará ahora al Duque de Montpensier á una solución aceptable.

Yo no temo de los progresistas, que han aprendido en esta revolución el odio irreconciliable á los Borbones. Yo no temo á esta Cámara, que si tiene á la cabeza un Presidente enemigo implacable de mis correligionarios, también es enemigo implacable de todos los Borbones. Yo no dudaré de la mayoría; ¿cómo he de dudar, si recuerdo aquel día en que la palabra de uno de sus más ilustres adalides, del señor Martos, surgía de sus labios como un raudal que recogía la claridad de su conciencia, y nos anunciaba que esta mayoría no tiene rey? ¿Por qué, pues, no hemos de votar la proposición? Si no la votáis, todo el mundo creerá que estamos próximos á una restauración, y si estamos próximos á una restauración, temblad todos vosotros. Al votar la proposición, al votarla, votáis el sufragio universal, votáis la demo-

cracia, votáis los derechos individuales, votáis la revolución de Septiembre.

Yo he cumplido con mis compromisos y con mi conciencia; pero si no votarais la proposición, señores Diputados, yo os aseguro que no viviríais en paz; vuestra conciencia os diría, habiendo abierto la puerta al príncipe Alfonso: «¡Liberales, aquí no hay ya libertad!» Vuestra conciencia os diría, habiendo abierto la puerta á un francés, al Duque de Montpensier: «¡Españoles, en la nación de Zaragoza y de Gerona, en la cuna de Pelayo y del Cid, en la tierra de Covadonga y de Bailén, españoles, ya no hay patria!»

---

### RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR MINISTRO DE FOMENTO.

Pocas, muy pocas palabras he de decir en réplica, ó mejor dicho, en rectificación de las proposiciones equivocadas que me ha atribuído mi elocuente amigo el Sr. Ministro de Fomento.

Su Señoría ha dicho que hemos dado á esta proposición una gran solemnidad, y S. S. debe comprender que esta solemnidad no depende ciertamente del orador que la ha sostenido, sino que depende de

que el pueblo español quiere saber si está abocado á una restauración, ó si ha de continuar por mucho tiempo el período de duda y de incertidumbre, en el cual se agotan verdaderamente todas las fuerzas del país. (*El Sr. Martos pide la palabra para una alusión.*)

El Sr. Ministro de Fomento nos dice que tenemos intereses opuestos. No los tenemos, no los hemos tenido durante mucho tiempo. Hay puntos en los cuales estamos nosotros y vosotros completamente conformes. Pues qué, ¿no hemos votado nosotros el título 1 de la Constitución? Pues qué, ¿no defendemos nosotros los derechos individuales? Pues qué, ¿no sustentamos nosotros el sufragio universal? Y ¿condenáis los derechos individuales, la democracia y el sufragio universal, porque en esos puntos estamos todos acordes? Lo mismo, absolutamente lo mismo, deberíais hacer con esta proposición; con esta proposición, que en una idea negativa nos reúne á todos: en la idea de «abajo los Borbones».

Dice el Sr. Ministro de Fomento que yo he empuñecido la cuestión. Yo he dicho que la caída de una dinastía significa la sustitución de los poderes hereditarios y permanentes por los poderes electivos, y que la revolución de Septiembre es la consecuencia de cuatro siglos de revoluciones.

El Sr. Ministro de Fomento nos dice que esta mayoría no tiene rey; que esta mayoría no tiene candidato, y que, por consecuencia, nuestra proposición

es una proposición republicana; de suerte que esa mayoría es, según el Sr. Ministro de Fomento, una mayoría nominalista en pleno siglo XIX; una mayoría que vota la forma monárquica como si tuviera un rey coronado de laureles, ó una familia ungida con grandes recuerdos; una mayoría que se contenta con tener el nombre, aunque no tenga la esencia de la cosa.

Pues bien, yo le digo al Sr. Ministro de Fomento que nuestra proposición tiene un interés universal, porque nos han dicho todos los partidarios del Duque de Génova que la causa de que la candidatura del Duque de Génova se hubiera completamente destruído estaba en las conspiraciones continuas del Duque de Montpensier. Por consecuencia, si aquí había un interés nuestro, también había un interés vuestro; y si algo queremos nosotros es abriros el camino, romper las dificultades, quitaros los obstáculos. ¡Ay de vosotros, que no lo habéis comprendido!

Señores, nos acaba de decir el Sr. Ministro de Fomento que eso se deja para más tarde. ¿Y no ve Su Señoría que dejando eso para más tarde, que dejando esas grandes cuestiones para una época muy dilatada, muy lejana, lo que en realidad hace es imposibilitar toda solución? Así se despiertan las insensatas aspiraciones carlistas; así se despiertan las insensatas aspiraciones isabelinas; así se despiertan las insensatas aspiraciones del Duque de Montpensier; así es-

tamos continuamente en estas dudas y en esta incertidumbre.

Señores Diputados, ¿qué va á resultar cuando se sepa, cuando sepa el pueblo que una proposición en la cual están excluídos todos los Borbones ha sido desechada por esta Cámara? Dirá lo siguiente: dirá que el pensamiento de la revolución de Septiembre, que la idea de la revolución de Septiembre, que la conciencia de la revolución de Septiembre, que la bandera de la revolución de Septiembre ondea sobre esta montaña, donde quedamos nosotros á sus pies proclamando el grito salvador de «¡abajo los Borbones!»

---

## RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Dos palabras, Sres. Diputados.

Yo hubiera rectificado las apreciaciones que ha hecho el Sr. Ministro de la Guerra sobre la entrevista de Bruselas; pero conozco que voy á molestar la atención de la Cámara.

Yo no fui á Bruselas; fueron los Sres. Martos, Chao y García López, y allí se dijo que nuestra aspiración era la república, y se comprometieron los

individuos pertenecientes al partido progresista y á la democracia monárquica, se comprometieron, digo, á respetar durante el período de la interinidad el pensamiento y la voluntad del pueblo, sin hacer ninguna declaración que prejuzgase la forma de gobierno. No quiero decir, Sres. Diputados, cómo se ha cumplido esa condición.

Por lo demás, si hay un ministro que es monárquico y tiene candidato, y hay otros ministros que son monárquicos y no tienen candidatos, estos ministros me parecen á mí deistas sin Dios. (*Una voz:* Bueno.) ¿Bueno? Malo para el país, que no puede continuar en esta incertidumbre.

Hay más: poned al lado de una negación una afirmación; la afirmación concluirá por llenar el vacío: esos ministros serán vencidos por el Sr. Topete.

## ÍNDICE DEL TOMO II.

	<u>Páginas.</u>
Discurso pronunciado el día 25 de Mayo sobre las reformas de Ultramar.....	5
Rectificación al Sr. Presidente del Poder Ejecutivo.....	12
Discurso pronunciado el 7 de Junio sobre las limitaciones puestas al ejercicio de los derechos individuales por el Gobernador de Lérida.....	15
Rectificación al Sr. Sagasta.....	30
Segunda rectificación al Sr. Sagasta.....	44
Discurso pronunciado el 14 de Junio contra el proyecto de ley que proponía el nombramiento de una regencia y designaba para regente al general Serrano.....	51
Rectificación á los Sres. Topete, Navarro y Rodrigo y Olózaga.....	98
Segunda rectificación al Sr. Olózaga.....	113
Discurso pronunciado el día 25 de Junio sobre la interpretación dada á los derechos individuales por los Ministros de Gobernación y Gracia y Justicia.....	115
Rectificación al Sr. Ministro de la Gobernación...	153
Discurso pronunciado el 14 de Julio de 1869 sobre la extensión de los derechos individuales, con motivo de la entrada en el Ministerio de los señores Becerra y Echegaray.....	159